

MIGUEL ÁNGEL SAN JUAN

Dulce limón



éride ediciones

NOTA DEL AUTOR

Uno tras otro, los relatos que llenan estas páginas han sido aglutinados para conformar un todo carente de otro sentido que no sea el de convertir la más amarga sensación en una dulce ilusión. Dulce Limón no es un libro de relatos de amor; no lo es de relatos de superación ni de autoayuda; no es un libro pedagógico, educativo, de temática infantil ni de cuentos con final feliz. No es un compendio de moralejas y consejos. Dulce Limón nace de una imperiosa necesidad de gritarle al mundo con susurros muy bajitos, pero muy profundos, que cuantas barreras nos ponga por delante serán derribadas con nuestra ilusión, nuestra lucha, nuestras ganas y nuestro esfuerzo. Y no es un lamento, un absurdo llanto por los problemas hallados. No. Más bien al contrario. Las dificultades encontradas son nuestra mejor baza, quizás nuestra única oportunidad, para crecer, mejorar, superarnos y vencer nuestros miedos.

Cada uno de los textos que siguen están brindados a alguien, a algo, a un sentimiento, a un colectivo, a una sensación... Escritos por y para poner en valor la importancia de que el amor esté presente guiando nuestra existencia; de que nuestros sueños no nos sean arrebatados por nada ni por nadie, pues como dueños de los mismos tenemos la obligación de luchar por ellos hasta el final de nuestros días; escritos para empoderar a quienes se superan día tras día; para desterrar el despotismo, la intolerancia, la violencia y todo aquello que nos denigra como personas.

Dulce Limón es, en definitiva, un canto a la libertad y un arma que no dispara, que no corta, que no sabe herir, sino que se ha de empuñar como el pincel con el que dibujar cada día

la sonrisa con la que encarar la vida. Un buque que navega por las caricias y la sensualidad de principio a fin, pero que se detiene en puertos de desamor, de muerte, de marginación, de lucha y que, sin embargo, siempre vuelve a retomar el viaje con esperanza, dejando que sea el lector quien eche anclas donde desee hacerlo en cada momento.

Vas a encontrar en el camino, lector, relatos alegres y otros que parecen muy negros. No lo son. Has de leer entre líneas. Verás que algunos de los protagonistas superan los obstáculos y cumplen sus sueños, y otros parecen resignados ante un mundo imposible de cambiar. No es imposible. Lee entre líneas.

Las láminas que acompañan a algunos de los relatos que llenan las siguientes páginas han sido dibujadas, pintadas, ideadas, creadas por el amor, la inventiva y la enorme capacidad artística que emana de las manos de personas con grandes corazones y carentes de prejuicios. Personas puras, blancas, personas con discapacidad intelectual y/o enfermedad mental que se plantan a diario ante lienzos y papeles en blanco, maderas, cartones o plásticos, y dejan fluir su rico mundo interior a través de sus manos. Personas que no miran al mundo con los ojos, sino con el corazón.

Por ello, *Dulce Limón* es un libro que contribuye con la misión que, desde hace más de medio siglo, lleva a cabo Fundación Juan XXIII Roncalli en favor de las personas con discapacidad, especialmente con discapacidad intelectual. Porque ha sido creado en parte por los usuarios de esta entidad y porque creo firmemente en la necesidad de seguir dándole alas a quienes se han visto con ellas atadas o incluso cortadas. De nuevo este libro se alza así como una lucha por la libertad de todos. Esta entidad me ha mostrado la importancia de la generosidad sin límites, el valor de la mano tendida, de la sonrisa perenne, de la ilusión compartida, y que la clave de la vida no es otra que la superación de obstáculos.

Quiero agradecerle su apoyo a muchas personas, a todas aquellas que en algún momento de su vida me han dicho «adelante, tú puedes», cuando una pérdida, una enfermedad o un bache cualquiera me ha hecho tropezar al avanzar, porque son quienes han hecho posible la publicación de este libro;

Gracias, por supuesto, a los usuarios de la Sala de Manualidades y Artes Plásticas de Fundación Juan XXIII Roncalli y a sus profesoras por contribuir con su arte a que mis palabras sean guiadas por sus pinceladas y trazos;

Solo te pido, lector, antes de dejarte comenzar con la lectura, que si alguna vez una gota de limón es derramada sobre tus ojos e instintivamente los cierras ante el escozor, tratando de protegerte de él, aprovecha que los has cerrado para iniciar un viaje por el mundo de los sueños. Sueña. Imagina cuanto quieres conseguir y corre a por ello, sin importar las limitaciones que encuentres por el camino, las que tú tengas o las que tu mente imagine. Seca tus ojos y corre, vuela, salta y no pares nunca de hacerlo, porque la derrota solo llega cuando la ilusión se pierde. Sonríe y comprobarás que la vida es maravillosa.

MIGUEL ÁNGEL SAN JUAN

Dulce joven

A quien impulsa mi vida

Existe en mi día a día una joven dulce que posee la misma capacidad para destruir todo cuanto me entristece, como para construir en su lugar sueños que perfilan mi sonrisa y le dan brillo a mis ojos.

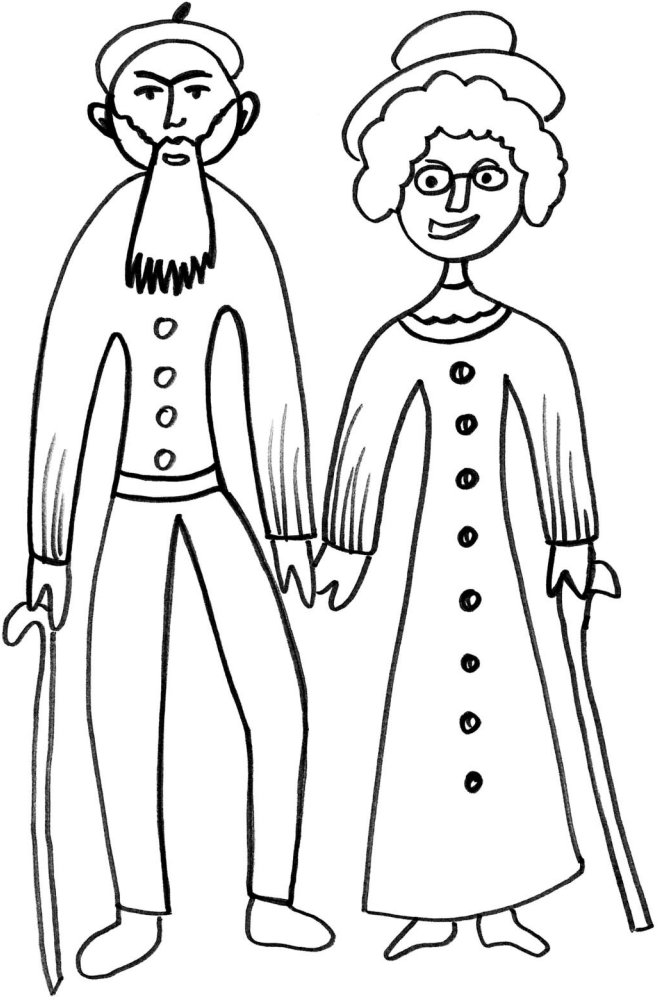
Una suave y fresca joven tan poderosa, tan delicada, tan linda. Me acompaña y me guía por la vida de la mano hacia el paraíso siempre que aparece.

Aquella, la que impide que sean mis lágrimas las que inunden mis días y se ha hecho experta en sustituir su humedad por el timbre y la paz que derrocha.

La que me eriza el cerebro, la que me calma y me excita, a quien recurro para saciar mi sed, mi apetito y mis desazones.

Esa dulce joven me atrapa y me hace feliz, más de lo que nunca soñé ser.

Qué sería de mis días sin ella: sin tu voz.



A borbotones

Al amor sin barreras

Salían a borbotones, con la fuerza de un volcán en erupción que lleva siglos conteniendo su carga de lava y al fin revienta sus costuras y lo inunda todo de magma ardiendo, arrasando a su paso con el mundo conocido;

Salían a borbotones, como emana el agua de las alcantarrillas atascadas tras semanas de lluvia incesante, hartas de tragar, obstruidas, ahogadas, incapaces de seguir cumpliendo con la labor que se les encomendara en su día;

Salían... a borbotones, con la potencia con la que escupía vapor aquella chimenea, la del tren que en 1935 nos alejó para siempre. Su caldera quemaba carbón a la velocidad a la que a mí se me quemaban las ilusiones al verte marchar; se convertían en ceniza, en brasas que durante muy poco tiempo permanecieron ardientes, pues en cuanto supe que no volverías, se apagaron sin remedio. Jamás, sin embargo, me deshicé de ellas.

Y hoy, que nos reencontramos después de ochenta años, tan ancianos que apenas podemos caminar, de nuevo se reavivan esas brasas y salen a borbotones todas las lágrimas que me han ahogado el alma durante estos vacíos años de vida sin verte, sin sentirte, sin olerte. Hoy te veo llegar desde el andén de aquella misma estación donde lloré tu partida, y hoy lloro tu llegada; tu llegada ochenta años después.

Bajas del tren ayudada por dos amables viajeros que te toman uno de cada brazo, un tren que no dispone ya de chimenea alguna por la que dejar escapar vapor. Y cuando levantas

la mirada y esos ojos, rodeados de arrugas y de manchas que el tiempo, artista sin igual, ha dibujado en tu rostro con una maestría sin precedentes, el corazón se me hace pedazos; se suicida estrellándose contra el suelo sin que nadie se de cuenta de ello ni pueda, por tanto, ponerle remedio.

No voy a agacharme a recoger los trozos. En primer lugar, porque como me agache el lumbago no me va a permitir ya ponerme recto de nuevo. Y... en segundo lugar... porque no quiero dejar de mirarte. Ahora, después de una vida sin verte, no quiero dejar de mirar esos ojos ni un solo minuto durante el tiempo que nos quede juntos.

Tu melena morena ha desaparecido. Ahora llegas a mí con un pequeño moño donde recoges tus finos cabellos de color plata. Tu altura se ha esfumado y, paradójicamente, apareces bastantes centímetros más lejos del cielo de lo que estabas en nuestra despedida. Se te han descolgado las orejas, pero aún están adornadas por bellos pendientes. Siempre adoraste las joyas. Y tus labios carnosos, ¿dónde quedaron? Hoy son finos y afilados, consumidos por la edad o, tal vez, por las veces que te los mordías plena de nervios. Te recuerdo siempre tan nerviosa...

Me miras y te sueltas de quienes te ayudan a descender del vagón; me miras igual que aquel día, con la misma cara, aunque tan distinta... Tus noventa y seis años te han convertido en la mujer más frágil del universo.

Caminas hacia mí despacio, olvidando tu equipaje. ¿Qué falta puede hacerte ya? Acercas tu mano a mi rostro, empapado de lágrimas, y cuando las yemas de tus dedos rozan mi piel siento que mi alma se eleva hacia el cielo gritando alborotada. ¡Discúlpala! Llevaba ochenta años sin sentir una caricia. Será la falta de costumbre. Será... que te ha echado de menos tanto como yo he añorado sentirte.

Te abrazo con cuidado de no romperte los huesos que a duras penas te sostienen en pie y mi nariz detecta que tu olor...

tu olor sigue intacto sobre tu piel. Él ha tenido el valor y el honor que yo no tuve de acompañarte durante toda tu vida, hasta hoy.

Y allí, en ese mismo instante, en ese mismo andén, cierras los ojos y mueres. Mueres entre mis brazos susurrando antes de irte de nuevo, llevándote tu olor contigo, y ahora para siempre, que jamás has dejado de amarme. «Jamás», repites casi ya desde las puertas del cielo.

Y al verte perder el aliento, la respiración, el alma y la luz de tus ojos, me maldigo por no haber tenido el valor de coger el siguiente tren, allá en 1935, y perseguirte, y vivir pegado a tu piel para no tener que sentir en este momento que mi vida solo ha tenido sentido y solo ha servido para algo gracias a este instante, en el que has venido a morir a mi lado para recordarme... que siempre me amaste.

Ojalá hayas logrado entender, antes de irte entonces y antes de irte ahora, que mi vida te ha pertenecido desde que nos conocimos, y que lo hará mientras yo siga en este mundo; mientras mis cansados pulmones quieran que siga respirando...

Solo me consuela saber que esta vez nos reencontraremos antes de que pasen otros ochenta años, porque espero morir muy pronto. Esta vez sí que voy a perseguirte, y cuando te alcance, todos los «te quiero» que he guardado para ti durante estos años saldrán por mi boca... a borbotones. Y ya no habrá lágrimas.